



Las arpilleras

El arte de Chile

Rebecca Hinson

Las arpilleras

El arte de Chile

Rebecca Hinson

Traducido por Claudia Battistel Tomada y Gabriela Escobar Rodríguez



Dedicado a Georgette Phillips

© 2020 Rebecca Ann Hinson

Todos los derechos reservados

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2020912691

Versión original en inglés editada por: Richard Lederer y John Robuck

Consultora de historia: Marjorie Agosín

Rebecca Hinson Publishing

Lake Worth Beach, Florida

Impreso en los Estados Unidos

ISBN 978-1-942765-78-3

ARTISTAS: Portada, 2-23, Colección del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos; 24, Álvaro Hoppe.

FUENTES: Jacqueline Adams, *Art Against Dictatorship*; Marjorie Agosín, *Tapestries of Hope, Threads of Love*; Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies*; Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, *Arpilleras*; Gonzalo Leiva Quijada, Álvaro Hoppe, el ojo en la historia; Steve J. Stern, *Battling for Hearts and Minds y Remembering Pinochet's Chile*.



En Chile, entre los años 1973 y 1989, grupos de mujeres usaron hilo, aguja y retazos de telas para registrar sus experiencias durante la represiva dictadura de Augusto Pinochet. Las piezas con bordados y aplicaciones unidas en costura, realizadas sobre una tela rústica llamada arpillera, fueron la voz de estas mujeres para denunciar los abusos a los derechos humanos, el desempleo y la pobreza. Las arpilleras se vendían para proveer ingresos a las mujeres que las creaban y, al mismo tiempo, para apoyar la lucha hacia la democracia. Estas creaciones textiles narraban historias que los medios de comunicación no podían por causa de la censura. Durante diecisiete años, miles de arpilleras se exportaron en secreto e hicieron saber al mundo lo que realmente estaba pasando en Chile, convirtiéndose así en el símbolo del movimiento internacional para el regreso del país a la democracia.



En 1970 había sido elegido democráticamente como presidente Salvador Allende, quien pertenecía al Partido Socialista de Chile. Con la intención de beneficiar a la clase trabajadora, el gobierno de Allende nacionalizó las minas de cobre, tomó control de la industria y la banca y amplió la reforma agraria. Pero luego de estas medidas, la inflación aumentó más de trescientos por ciento. Por esta razón, los dueños de comercios se declararon en huelga. A su vez, las amas de casa de clase media alta protestaron con marchas y cacerolazos por la escasez de alimentos.

La violencia se apoderó de las calles y el 11 de septiembre de 1973 los líderes militares exigieron la renuncia de Allende. El presidente se negó y se dirigió por última vez al país a través de un discurso radial. Después de esto, aviones de combate bombardearon La Moneda, el palacio de gobierno de Chile. Cuando los militares irrumpieron en el interior del edificio, Allende ya estaba muerto. Esa misma noche una junta de gobierno formada por cuatro militares se juramentó y tomó el poder.



El general del ejército Augusto Pinochet se convirtió en el presidente de la junta que también formaban el almirante José Toribio Merino de la armada, el general Gustavo Leigh de la fuerza aérea y el general César Mendoza del cuerpo de policía nacional llamado Carabineros. La junta destituyó al Congreso y asumió su papel legislativo, declaró el estado de emergencia en todo el país y restringió los derechos civiles. Además censuró la prensa, estableció el toque de queda, prohibió los partidos políticos y los sindicatos y advirtió que cualquiera que se resistiera sería “ejecutado en el sitio”. La junta de gobierno estaba decidida a reestructurar la sociedad, acabar con el socialismo y aplastar de manera violenta cualquier intento de resistencia.



Pinochet exigió la destitución de todos los funcionarios del gobierno anterior: “Todo ese montón de jetones que hay ahí (...) todos esos mugrientos que estaban por arruinar el país deben pescarlos presos, subirlos al avión (...) y sin ropa, con lo que tienen, para afuera”. Durante esos primeros días de la dictadura, muchos partidarios del socialismo fueron expulsados del país. Se estima que unos doscientos mil ciudadanos fueron obligados a salir de Chile.

Durante varios días luego del golpe de estado, militantes de la organización Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) intentaron hacer frente a los militares con rifles y ametralladoras. Sin embargo, la mayoría de los chilenos no opuso resistencia.



La mayor parte de los barrios pobres de la clase trabajadora habían sido contruidos por simpatizantes del socialismo, tanto inmigrantes como trabajadores. En estas zonas los soldados patrullaban las calles con frecuencia; a veces disparaban a las personas que se encontraban fuera de sus casas después del toque de queda. En busca de materiales difamatorios y armas, los soldados, los carabineros y la policía secreta (DINA) hacían redadas y arrestaban a los que consideraban sospechosos. Por esta razón, mientras no se estaba trabajando en ellas, las arpilleras de contenido político tenían que ser escondidas.

Unos siete mil ciudadanos, entre partidarios de Allende, miembros de los partidos Unidad Popular y MIR y trabajadores que supuestamente habían ocupado fábricas y fincas, fueron llevados al Estadio Nacional en los días posteriores al golpe militar para ser interrogados, torturados e incluso ejecutados.



Entre estas personas estaba el cantautor Víctor Jara, quien fue torturado en el estadio. Los militares le rompieron los dedos y luego, burlándose, le pidieron que tocara la guitarra y cantara para ellos. En cambio, Víctor motivó a otros prisioneros a entonar juntos una canción. Posteriormente, el cantautor chileno fue golpeado y ejecutado.

Miles de detenidos nunca regresaron a sus hogares, como Manuel en la canción *Te recuerdo Amanda*, compuesta por Víctor Jara. La letra de esta canción de amor es también una denuncia: “Te recuerdo Amanda (...) corriendo hacia la fábrica, donde Manuel trabajaba (...) ibas a encontrarte con él”. Los versos testimonian la desaparición de un obrero llamado Manuel: “Que partió a la sierra; que nunca hizo daño (...) y en cinco minutos quedó destrozado. Suena la sirena; de vuelta al trabajo; muchos no volvieron; tampoco Manuel”.



Durante el estado de emergencia, la junta suspendió la constitución, que amparaba los derechos humanos, y la Corte Suprema no cumplió con la obligación de defenderla. Asimismo, la junta de gobierno instauró nuevas leyes que le otorgaban poderes extraordinarios durante el período de emergencia. Por ejemplo, los prisioneros podían ser retenidos hasta cinco días sin presentar cargo alguno. Miles de personas fueron detenidas para ser interrogadas, muchas de las cuales fueron también torturadas. En lugar de ser juzgados por tribunales civiles, los sospechosos fueron procesados ante un tribunal militar. Así se consolidó un estado autoritario y comenzó una etapa oscura en la historia de Chile.



Alrededor de tres mil personas fueron asesinadas o arrestadas por las autoridades y nunca más se supo de ellas: estos son los ciudadanos desaparecidos durante la dictadura. Los funcionarios del gobierno estaban convencidos de que el socialismo era como un cáncer que tenía que ser arrancado de raíz. Así dijo Pinochet ante las críticas: “Si tienes gangrena en un brazo, tienes que cortártelo, ¿verdad?”.

Como muestra esta arpillera, los familiares de personas exiliadas, desaparecidas, ejecutadas y encarceladas se encadenaron, hicieron huelga de hambre y pusieron en marcha protestas de calle frente a los edificios del gobierno, como el palacio de La Moneda. Ellos querían que el mundo supiera lo que les estaba ocurriendo a sus seres queridos.



En centros de tortura como Villa Grimaldi y campos de concentración como Pisagua, los prisioneros políticos eran interrogados y torturados por la DINA, la policía secreta encargada de eliminar todo pensamiento socialista de la sociedad chilena. Un sinnúmero de mujeres tuvo que buscar nuevas formas de mantener a sus hijos ya que sus esposos estaban encarcelados. Muchas de ellas formaron los grupos de arpilleras para ganar dinero y así asegurar la supervivencia de sus familias.



Se estima que del total de la población chilena —unas diez millones de personas— alrededor de cuatrocientas mil fueron torturadas. Los comandos militares infundían miedo y odio entre las tropas, para convencerlos de que los socialistas eran enemigos que habían conspirado a fin de destruirlos y acabar con la forma de vida de los chilenos.

En las cárceles secretas, los sospechosos padecieron choques de electricidad, fueron expuestos a luces cegadoras o ruidos ensordecedores y soportaron ser colgados por las muñecas o los tobillos. Otros métodos de tortura incluían sumergirlos repetidamente en agua sucia, quemarlos con cigarrillos y no dejarlos dormir. Los prisioneros también fueron obligados a ver cómo torturaban a sus esposas o a escuchar grabaciones con los gritos de sus hijos.



Los familiares de los desaparecidos se conocieron mientras buscaban a sus seres queridos en las comisarías, los cuarteles del ejército, las morgues, los tribunales, las prisiones y las oficinas gubernamentales. Así se formó la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD), organización que realizaba constantes protestas afuera de los tribunales e iglesias. Durante estas manifestaciones, los participantes llevaban carteles con las fotos de los desaparecidos. En ese entonces, muchos chilenos no creían que estas detenciones pudieran haber ocurrido. Otros odiaban tanto a los socialistas que simplemente no les importaba lo que les sucediera.